

AQUELLA GOOYA¹

Carlos Véjar Pérez-Rubio

Para Raúl Arana Aguilar y
Germinal Pérez Plaja.
In memoriam.



Una banqueta desolada al sur de la ciudad. Una plaza aparentemente vacía. La avenida, menos transitada que de costumbre. De pronto, inusitado movimiento. Como surgidos de la nada, una veintena de jóvenes nos apretábamos compulsivos en un estrecho círculo. Una sola, enorme, boca, se abrió para dejar paso al grito unánime de nuestras gargantas reseca. Hacia nosotros, en un movimiento envolvente por los flancos, se dirigía a paso taimado una doble fila de granaderos. Los soldados, en sus camiones, hacían como que no miraban. La Gooya sacudió como un trueno el ambiente enrarecido y se perdió en las frondas que cobijan al monumento, provocando la respuesta tumultuaria de los brazos en alto enarbolando la V. Ya estaban cerca, muy cerca, cuando salimos despedidos en todas direcciones. Varios subimos mustios, apresurados, la breve escalinata del café, con el temor dibujado en el rostro y el corazón estrujado. En esos momentos otro yo nacía dentro de mí.

La noche anterior había caído C. U. en poder del ejército. Cientos de compañeros y compañeras habían sido apresados, sumándose a los que ya empezaban a congestionar las cárceles. Sin haber una consigna clara,

por intuición, por sentimiento, por curiosidad acaso, muchos participantes del Movimiento —universitarios principalmente— nos acercamos temprano a las instalaciones de la Ciudad Universitaria. La tropa vivaqueaba en los prados y al pasar frente a ellos teníamos que tragarnos la afrenta. Después corrió el rumor: “La cita es en el monumento de Álvaro Obregón”, y a los que acudieron puntuales también los atraparon. Era ya la paranoia de la represión que preludiaba a Tlatelolco ensangrentado. Yo llegué un poco tarde, me encontré con Agustín y sin perder tiempo nos metimos al café para palpar la escena a través de los grandes ventanales. Juntos habíamos participado en todas las manifestaciones, desde la primera del rector Barros Sierra hasta la del silencio, con Chepo, y en numerosas brigadas y asambleas. Un montón de gente estaba ahí, hojeando disimuladamente libros y revistas o deambulando por los pasillos tratando de aparentar indiferencia. No se percibía nada anormal, ni en el interior ni en el exterior, como no fuera que todo parecía normal. Pronto, sin embargo, el sordo rodar de los camiones militares concentró nuestra atención, interrumpiendo la discusión que habíamos emprendido sobre Marcuse y las rebeliones estudiantiles. A mí me había tocado presenciar en París los diez primeros días de la Revolución de Mayo, a mi regreso reciente de Finlandia. La melodía pegajosa de “Yesterday” se desplegaba en el ambiente, pero nosotros pensábamos más bien en el

¹ Esta crónica apareció publicada originalmente en el periódico *La Jornada* en noviembre de 1988, y posteriormente en el libro del autor: OANIS. *Crónicas y relatos de la arquitectura y la ciudad* (1992).



mañana. A esa edad todos estamos cargados de futuro. Se estacionaron a lo largo del camellón de Insurgentes, de sur a norte, y eran incontables. “El resto”, diría ya desde entonces cualquier chavo de la prepa. Los soldados no bajaron. Se quedaron como esfinges en sus asientos, contemplando absortos los reflejos en sus bayonetas caladas. ¿Cómo verían ellos el mundo? De pronto, como por arte de magia, aparecieron a lo lejos varios camiones de línea maniobrando extrañamente junto al monumento, hasta quedar debidamente estacionados. Los veíamos de frente. Y enseguida, para sorpresa nuestra, surgieron del interior del parque varias filas de estudiantes y granaderos, que se dirigieron acompasadas a ellos. Desde la distancia podíamos observarlos, diminutos, impersonales. Fue entonces cuando un impulso irresistible me obligó a salir y lanzarme a la acera con algunos otros de los presentes, ignorando los llamados a la cordura de mi amigo. Algo necesitaba yo hacer. La impotencia del que se quedó. El que hubiera querido salir y no pudo. El que en su íntimo yo se solidarizó con los de afuera. El ciudadano que sintió su seguridad a salvo al ver actuar con energía a las fuerzas del orden. El que justificó sádicamente la represión, aduciendo conspiraciones comunistas o desórdenes de vagos. El que se decía apolítico sin advertir que esa era una posición política. Un horizonte de rostros crispados y manos enarbolando la V. Actores y espectadores en la comedia humana. Eso era México en el 68. Eso es hoy.

El grito me recordó aquel de Munch. Era un grito individual, que brotaba angustioso de lo profundo de nuestra conciencia personal. Pero era también un grito colectivo, una manifestación social. Era protesta. Era miedo. Era soledad de una juventud incomprendida, traicionada, que creía firmemente en lo que estaba haciendo. Era solidaridad con aquellos compañeros detenidos que estaban trepando como autómatas a los camiones. Algunos, quizás, nunca regresarían de ese viaje. Era mentada de madre a los granaderos que se nos venían



encima como autómatas teledirigidos. Apoyo a Vietnam, dolor por el Che. Esta ocasión la Gooya no era la porra retadora de la Universidad en un estadio abarrotado, dirigida a los rivales deportivos del Politécnico. Ahora estábamos juntos, todos. Y avanzaríamos. Pocos años después, en 1972, nosotros haríamos nuestra pequeña revolución en la Facultad de Arquitectura, con el Autogobierno. Germinal, Raúl, ¿se acuerdan, en donde quiera que estén? Y la lucha prosigue. Una banqueta desolada. La tarde gris sobre la plaza. Hace veinte años. El 18 de septiembre de 1968. ☒

Carlos Véjar Pérez-Rubio (Ciudad de México, 1943). Arquitecto, historiador del arte y escritor mexicano, con estudios terminados de doctorado en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México, de cuya Facultad de Arquitectura es profesor. Fue coordinador en 2002-2003 del Proyecto América Latina, en el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades (CEIICH) de la UNAM. Sus más recientes libros son: *Plaza Cuicuilco y otros cuentos de variada intención* (2001), *Utopía de cristal* (2003), *La espiral del sincretismo* (2007) y *El exilio latinoamericano en México* (coordinador, 2008). Es fundador y director general de *ArchiPIÉLAGO*.